

LA VOZ SILENCIADA DE LAS MUJERES

BRUSELAS, 20 DE NOVIEMBRE DE 2019

Mi agradecimiento a la eurodiputada Ana Miranda por invitarme a participar en esta jornada tan necesaria.

Soy María Lores Torres y estoy aquí porque soy nieta de Aurelio Torres Lorenzo "O Pacheco" un hombre bueno a quien no conocí. Pero sobre todo soy nieta de Isolina Villaverde Cendón "Isolina a Cendona" con quien compartí mi vida 28 años.

La historia de Isolina y por lo tanto la de mi familia es una historia de silencio. Desde la madrugada en la que unos asesinos sacaron por la fuerza a Aurelio de la casa en la que se escondía (enfrente la casa de sus padres) y lo masacraron y lo mataron a escasos quinientos metros de la casa donde vivía. Era el 23 de agosto de 1936. En ese momento la vida dio un vuelco como del día a la noche y comienza el silencio.

Nunca se habló de Aurelio en mi casa, ni Isolina, ni mi madre Lola, ni mis tíos mencionaron nunca a Aurelio. Ni siquiera había una lápida con su nombre en el panteón familiar, pero las flores que cada semana Isolina nos mandaba llevar eran para mi abuelo.

La primera vez que pregunté por él, siendo niña, me dijeron que lo mataran cuando la guerra y me fui a buscar su nombre al lateral de la iglesia de Mourente, pero no lo encontré. Volví a preguntar y con la respuesta comprendí que en mi casa había historias que no se querían contar.

Isolina guardó silencio como forma de no morir en vida, pero el suyo no era un silencio vacío porque estaba lleno de memoria. Isolina callaba pero no olvidaba nunca. Su silencio fue íntimo y resistente. Íntimo porque ese recuerdo era lo que le quedaba de Aurelio, su compañero, y le pertenecía en lo más hondo. Resistente porque en ningún momento olvidó y sin decir nada nos transmitió el recuerdo de Aurelio y el valor de la memoria. Resistente porque desde ese día de 1936 Isolina no volvió a entrar en una iglesia, nunca; ni en el bautizo forzoso de su hija, ni en las bodas de sus hijos o sus nietas, nunca más. El cura no permitió que el cuerpo sin vida de Aurelio entrase en la iglesia e Isolina dijo que si la iglesia no era buena para su marido para ella tampoco lo era.

Lola, mi madre, creció con ese silencio. Recordaba cuando el cura no la dejaba jugar con las otras niñas porque era hija de un rojo y estaba sin bautizar. Más de una vez tuvo que escuchar comentarios sobre su padre sin poder defenderlo, y otras se encaró con algún cívico que quería ser amable con ella. Pero siempre las amenazas y el miedo rondando, siempre el miedo y el silencio. Lola vivió en la época de "negro, vigilancia y represión" como dice Ana Miñarro. En la época de la culpa y del pecado, del miedo y del silencio. En esa época la única verdad era la de la "santa madre iglesia" y la del franquismo. Ese mensaje y el miedo todavía llegan hasta nuestros días. Se podría decir que para los míos el silencio era una forma dolorosa de protegernos.

Recuerdo un día de agosto en que mi abuela estaba especialmente triste y ante mi insistencia en preguntar que le pasaba, levantó la cabeza y dijo: "Hoy hace cincuenta años que mataron a tu abuelo". Era el 23 de agosto de 1986 y fue la primera vez que supe la fecha exacta del asesinato de Aurelio. Y no fui capaz de preguntar nada más. Sentí el dolor acumulado durante cincuenta años-

Por todo esto yo soy hija y nieta del silencio, de las historias que no se cuentan, de la historia tergiversada, pervertida. De los nombres que no se dicen, de los lugares por los que no se pasa, de las respuestas que no se dan. A pesar de todo fue un silencio fértil que nos enseñó a escuchar lo que se decía entre murmullos, e incluso a escuchar lo que no se decía. Vivimos en el silencio pero con un pie en el recuerdo. Pero ¡jojo! Que el silencio puede convertirse en una niebla que nos invade y no deja cerrar heridas; como esa sombra de culpabilidad que los vencedores gravaron con fuego para que los vencidos no tuviesen opción de levantar cabeza. Eso es lo que querían, instalar el silencio como una venda que pretende tapar la memoria y las heridas.

Pero aun así el silencio siempre se revuelve dentro de uno mismo porque la desmemoria no existe, no se puede olvidar.

La memoria se agarra, es terca y vuelve siempre. Y duele, duele muchísimo. Cuando preguntamos, cuando buscamos respuestas, cuando las encontramos, pero el dolor es más intenso cuando la silenciamos. Porque la memoria es el bien más preciado que tenemos. Sin memoria no somos nada, si olvidamos perdemos la vida. La memoria es tan necesaria como esa caricia de una madre que nos da calor y nos acompaña en un día de frío.

Yo no puedo hablar de memoria histórica desde fuera, porque en mi esa memoria nace en las tripas, en el pecho; es un sentimiento profundo que me impregna y me obliga a pensar. Por eso cuando a estas alturas alguien me pregunta ¿por qué quiero recordar? ¿Por qué esa terquedad en tener memoria? ¿Qué necesidad habrá? Mi respuesta es clara: "Porque sí, porque me peta e quero e dame a gana" (que diría Celso Emilio Ferreiro).

Tener memoria es un acto de voluntad propia, tenemos memoria porque queremos tenerla, tenemos derecho y sobre todo tenemos la obligación de no olvidar.

Si hablamos de datos está claro que el porcentaje de víctimas femeninas del franquismo es muy reducido en relación el total. Pero debemos ver más allá de los datos porque víctimas del franquismo no son solo las paseadas, fusiladas, encarceladas o depuradas. La onda expansiva de la represión fue demoledora contra las mujeres, contra todas las mujeres. Especialmente cruel contra las mujeres de las familias perseguidas pero no debemos olvidar que todas las mujeres sufrieron el terrible retroceso social, cultural y económico que supuso el franquismo, también las mujeres franquistas adeptas al régimen.

Las mujeres dejaron de tener voz, de tener independencia, de ser dueñas de su vida; con el franquismo la vuelta al papel tradicional de la mujer estaba claro y ese papel

tenía mucho que ver con la sumisión y la obediencia al hombre. En la mayoría de los casos las mujeres pasaban de la obediencia al padre a la obediencia al marido; como si ellas no pudiesen pensar ni ser dueñas de sí mismas.

Dice Xosé Álvarez Castro que “no hay mayor castigo que la muerte, pero el dolor más grande, el mayor sufrimiento, acaso sea el de aquellos que sobreviven a sus seres más queridos, en una suerte de muerte que se prolonga en el tiempo. Y las sobrevivientes fueron las mujeres”.

Por eso la memoria casi siempre es cosa de mujeres, mujeres que vivieron en ese silencio permanente. Como las nombra Montse Fajardo “ellas, las que quedaron”. Mujeres bravas, fuertes, que quisieron ser libres. Mujeres solidarias que se arriesgaron acogiendo a perseguidos. Mujeres que no dudaron en coger las riendas y sacar a los suyos adelante. Mujeres que aprendieron a dejar el dolor con la azada a la puerta del cementerio para darle a los suyos una vida más feliz. Mujeres resistentes que soportaron lo que no está escrito.

Porque no hay datos documentales de los registros que hacían noche tras noche en las casas en las que solo vivían mujeres y niños porque los hombres estaban huidos o muertos. No hay datos documentales de lo que allí pasaba, pero pasó.

No hay datos documentales de las mujeres rapadas, pero las rapaban por sus ideas políticas y por ser esposas, compañeras, madres, hermanas...

No hay datos documentales de las mujeres a las que le daban aceite de ricino para humillarlas públicamente, pero se lo daban.

No hay datos documentales de los chantajes, palizas, vejaciones, violaciones; pero todo eso y más hacían con las mujeres.

No hay datos documentales. Silencio. Como si no sucediera, pero sucedió.

Y aun encima la vergüenza pública si hablaban, si se quejaban, si lloraban; como si fuesen ellas, las que quedaron las culpables de tanta infamia. Ellas obligadas a convivir con los asesinos, obligadas a callar por culpa del silencio impuesto por los torturadores.

Las mujeres son perseguidas no solo por sus propias acciones políticas, sino en muchos casos por razones de parentesco, es decir, por ser madre, esposa, novia o hermana. No solo cargan con sus culpas sino también con las culpas de sus seres queridos. Y aun así tienen ánimos para ser solidarias, para esconder fugitivos, para atender presos que ni conocen; en definitiva para tejer redes acogedoras para todas las personas que lo necesiten.

Ellas, las que quedaron, víctimas silenciadas, fueron las que sacaron el mundo adelante. Las abuelas, las madres que nos acariciaron con su memoria. Ellas, las que quedaron, son las que nos acompañaron hasta aquí.

Yo que soy una mujer de aldea, pegada a la tierra quiero terminar enseñándoles algo. ¿Saben ustedes qué es un "molido"? Un molido es un invento que usan las mujeres de medio mundo para cargar pesos en la cabeza. Las mujeres gallegas también. Es un invento eficiente, eficaz y muy barato porque se hace con cualquier trapo. Esto es un molido, y como hicieron tantas mujeres antes que nosotras, ahora es el momento de poner el molido y cargar con el mundo si es necesario porque no podemos volver atrás.

Muchas gracias

María Lores